

JAVIER MONTIEL

**BABEL DE
UN HOMBRE**

Y OTROS RELATOS



Macleín *y* Parker

Primera edición

Mayo de 2017

Del texto

© Javier Montiel, 2014

De la portada

© Ángela Arias, 2017

Del prólogo

© Óscar Binagi, 2014

De esta edición

© Macleín y Parker, 2017

Pasaje Lagunas de Ruidera, 6

41701 Dos Hermanas, Sevilla

www.macleinyparker.com

Edición y corrección

Cecilia Ojeda y Antonio Abad (Macleín y Parker)

Diseño de la colección y maquetación

Antonio Abad (Macleín y Parker)

Impresión

Estilo EstuGRAF Impresores, S.L.

Impreso en España / *Printed in Spain*

Papel interior: Coral Book Ivory 1.5 de 90 g/m²

Papel de cubierta: Acquerello Avorio de 240 g/m²

ISBN: 978-84-947107-0-4

Depósito Legal: SE-945-2017

Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión sin la autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*.

A quien ya no es

PRÓLOGO



por Óscar Binagi

CUENTOS S/ TELA

Hay múltiples maneras de acercarse a un libro nuevo. Está la actitud expectante de aquel que intuye que se va a encontrar con algo emocionante, llamado por el título, el autor, o el fetiche de la tapa. También está la actitud escéptica, la de aquel que no sabe con qué se puede encontrar entre sus páginas pero le cede unos minutos de lectura, dándole tiempo para su cosecha. Y finalmente estamos los otros, aquellos que conocemos al autor desde hace un tiempo, que compartimos su amistad y vimos nacer los primeros retoños de este objeto tan raro que ahora se encuentra en sus manos.

Aseguro que no es esta la posición más cómoda desde la cual escribir un prólogo, encontrándome cerca de lo que significa el acto creativo para este autor en su radical singularidad. Cuando alguien decide escribir, y sobre todo publicar, se precipita a una caída libre que tiene como red nada menos que el supuesto lector; y podemos adivinar que este ya dejó de ser —o nunca fue— inocente.

A pesar de las dificultades en las que me veo enredado al escribir, considero que vale la pena dejarse llevar por esa «caída» y ofrecer unas letras introductorias, con profunda

consideración al autor y su acto, convencido de que sale airoso del reto.

Javier Montiel nació en Maldonado en 1986 y este es su primer libro editado. Puedo dar cuenta de su relación con la literatura, la pintura y el psicoanálisis; influencias que se irán haciendo evidentes al lector a medida que avance la lectura, entrelazándose de forma tal que se funden en un solo cuerpo distorsionado, deforme.

Al adentrarse en este libro, el lector dará con un gran poder imaginativo y una imaginería frenética a lo largo de quince cuentos que se suceden sin pausa, a modo de un carrusel que gira constantemente. Transcurren así las más variadas imágenes, de lo terrible y perturbador a lo erótico y sublime, todo atravesado de una fina línea de humor negro, subrepticio, que recorre varios de los relatos.

El pintor que habita en Montiel se convierte en escriba de una experiencia por momentos alucinógena, creando ambientes ominosos que remiten al cine de David Lynch. El velo de la realidad se encuentra siempre en movimiento, encontrando a la vuelta de cada página la sorpresa, la irrupción, un final abrupto que nos devuelve hacia un comienzo sin garantías.

Si bien muchos cuentos plantean la imposibilidad de la fuga, la vuelta de lo mismo, no todo es fiesta sensorial y giros de tuerca, también hay espacio para la reflexión y la emoción. En este sentido, el cuento final es revelador respecto a los motivos del autor. Sin decir demasiado sobre su desarrollo: es un sueño, es la herencia, son sus nombres...

Es en esas páginas finales, donde Javier Montiel da su última puntada a una Babel que habla casi todas las lenguas, que entre gritos desgarradores y susurros aterciopelados, difícilmente pueda dejar indiferente.

BABEL DE UN HOMBRE Y OTROS RELATOS



CASA EN RUINAS



La casa estaba en los huesos, como mi economía. Desde afuera su arquitectura se asemejaba al esqueleto de algún animal marino, vaciado de vida y desgastado por los océanos. La recorrí solo, el agente inmobiliario prefirió quedarse afuera por seguridad. Me ofreció un casco amarillo de obra, que rechacé con un ademán. Entré, es verdad, con un poco de miedo, como quien va agachando extrañamente su cabeza anticipando un golpe de viga, un objeto que cae, o telas de araña (que había, y en abundancia).

En el *living* se recortaban las aberturas, debieron ser ventanas en su momento y ahora solo eran un filo que dividía precariamente el adentro y el afuera. De cualquier modo, no parecía entrar luz del sol por ellas, sino un reflejo vago, casi lunar. No quise asomarme, pero giré mi cabeza para comprobar que el agente siguiera en la entrada. En efecto, estaba, pero no pudo verme. Se enfrentaba con un sinsonte de ojos negros, brillantes como la esfera de las brujas, que lanzaba cantos que parecían gritos de guerra. El hombre también gritaba y eso me tranquilizó, porque mientras escuchara sus gritos podría desplazarme con más seguridad por la casa, sabiendo que él se encontraba aún cerca.

Había muy pocos muebles: un aparador junto a la estufa cargado de libros ruinosos; un piano negro ya blanco de polvo y tiempo; y un juego de comedor destrozado por ratas que lo habrían utilizado de abrigo y alimento en el pasado, pero que —ante la incomodidad de los resortes indestructibles— habrían preferido abandonar. Llamó mi atención un escritorio de madera apartado al otro lado del salón, le faltaba al menos un tercio de cuerpo, incluyendo dos de sus cuatro patas. Encima tenía papeles varios y una máquina de escribir que simulaba ser pesada. Sin embargo, la tabla del escritorio en la que se apoyaban se mantenía horizontal, no insinuaba en absoluto una promesa de caída, aunque fuera físicamente necesaria por lo diezmado del mueble. Me acerqué un poco más y deslicé la mano por la madera. Al tacto, además de una astilla que se enterró en mi índice, se me dibujaron letras que me costó leer por la falta de luz. Ayudándome con las yemas de los dedos conseguí descifrar el final de un tallado que comenzaba en la parte que ahora no existe: «[...] por eso cada día te quita un trozo de vida y, a cambio, deja tras sus pasos uno de muerte». En la máquina había un papel también a medio escribir, la letra era muy pequeña. Daba la impresión de tratarse de una nota de despedida. Quise comprobar el peso de la máquina para entender cómo era que ya no había caído, pero cuando alcancé a levantarla el escritorio se hizo polvo y astillas, como una esponja seca, banquete de termitas. El susto me hizo soltar la máquina que de no ser porque aún guardo algunos reflejos me habría caído en los pies. Cuando vi mi mano comprobé que la astilla también se había vuelto polvo y solo conseguía manchar de marrón y rojo el dedo.

Volví a mirar hacia atrás. Al agente inmobiliario ya le faltaba una oreja, había embadurnado de sangre el pico del

sinsonte. Luego, consiguió arrebatarse unas plumas del ala derecha y se las puso en el pelo al estilo indígena, para provocar algún temor o fascinación en el animal. El sinsonte se había excitado aún más con la imagen y buscaba con violencia los ojos del agente. Oreja —y eventualmente ojos— por plumas, no parecía un buen negocio; pero la casa quizá sí.

Algo me atrapaba ahí dentro, me obligaba a recorrer las habitaciones una a una, como avanzando por un sueño o por inercia, sin poder parar pese a los esqueletos colgados de algunos cuadros de mirada turbia, los trozos de techo sobre lo que habrían sido camas, las escenas irascibles de algunos indigentes que parecían vivir ahí desde antes de que la casa se construyera.

En uno de los cuartos, cuatro hombres y dos mujeres se batían en medio de una orgía sangrienta que incluía, asimismo, algunos animales. El enredo de brazos, piernas, pelo, se movía guiado por una música ritual, repique y tambores, haciendo temblar el aire. Uno de los hombres tomó un bidón de combustible que se encontraba al lado, y lo vació sobre todos ellos. Parecían excitados por el contacto con el líquido, se lamían y frotaban mientras el primero tomaba un encendedor y se prendía fuego. Las llamas ganaron los otros cuerpos sin que ello alterara su mirada absorta, de vidrio, sus gestos de placer. La casa los observaba. Mientras, el calor los devoraba y ellos se devoraban entre sí; pero nada de la casa ardía, ni siquiera el suelo se volvía más oscuro, y las pavesas que se desprendían se arremolinaban un poco sobre el centro de la orgía para ser luego succionadas por la masa de carne.

Me quedé observando aquella escena durante largos minutos, con la expresión que pondría un niño muy pequeño al descubrir a sus padres teniendo relaciones; una mezcla de